

MUSEO DE CULTURA POPULAR
SANTA LUCIA DE BARVA
HEREDIA

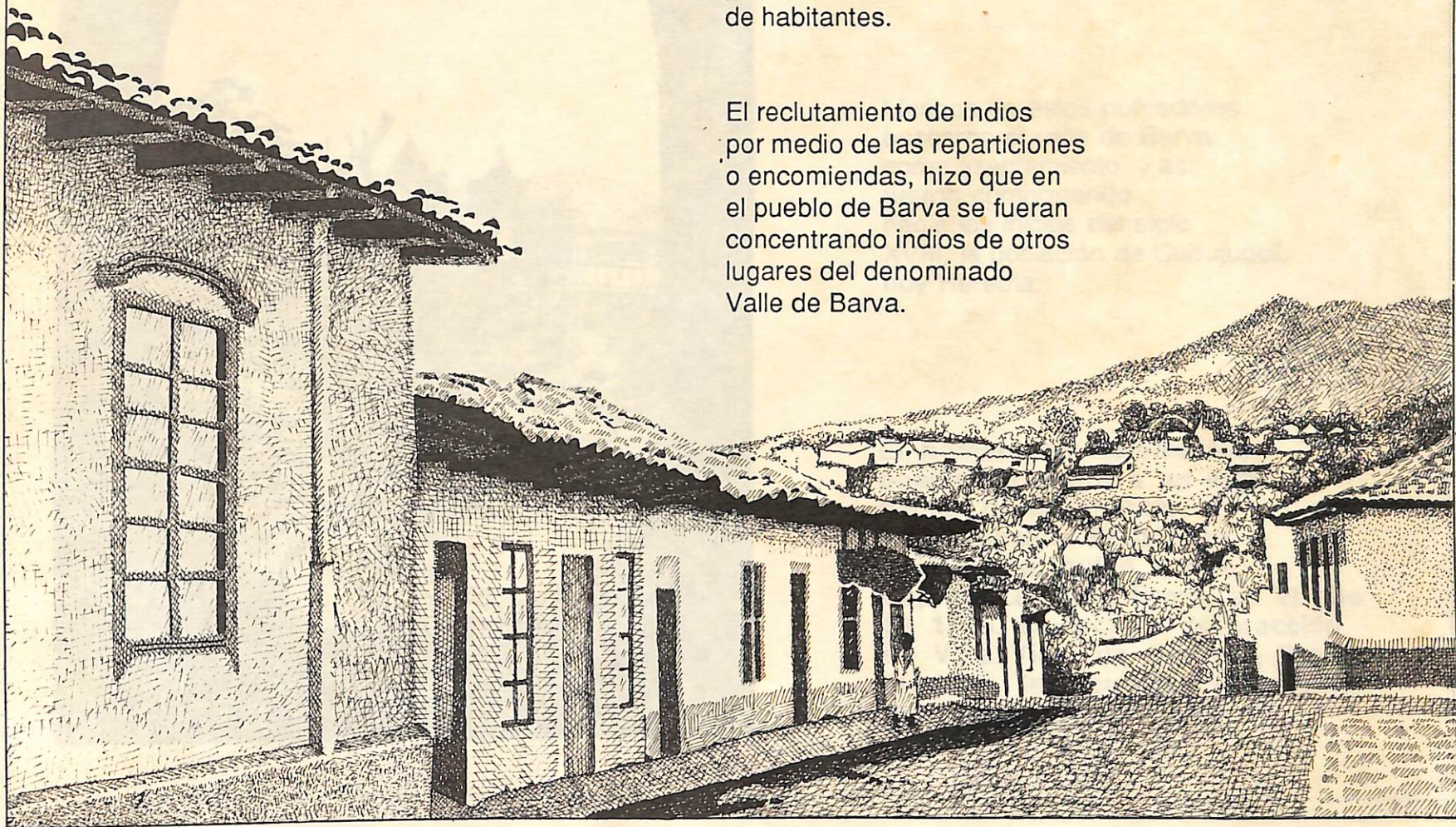
UN
LUGAR
PARA
VIVIR...
Y RECORDAR...



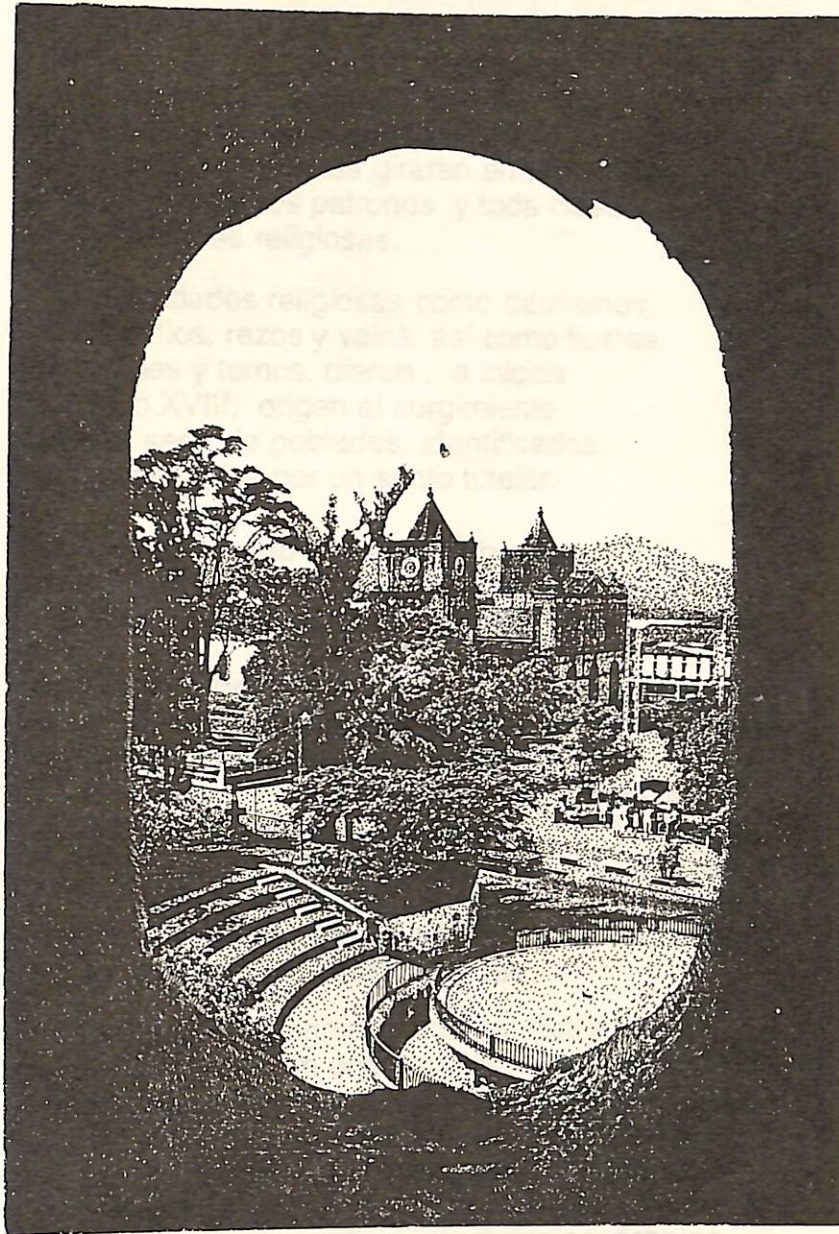
Barva de Heredia es uno de los asentamientos poblacionales de mayor tradición popular.

Hacia el año de 1583, Barva de Heredia se desempeñaba como la primera ciudad colonial de mayor relevancia popular por su elevado número de habitantes.

El reclutamiento de indios por medio de las reparticiones o encomiendas, hizo que en el pueblo de Barva se fueran concentrando indios de otros lugares del denominado Valle de Barva.



2226.



Hacia 1725, se dio una expansión de mestizos y criollos procedentes de Cartago, éstos se trasladaron a los valles de la Meseta Central, en donde establecieron haciendas de ganado y de cultivos.

Muchos de estos pobladores buscaron el valle de Barva como asentamiento y así fueron conformando hacia los inicios del siglo XVIII, la población de Cubujuquí, hoy Heredia.

El nombre de Heredia fue puesto en honor a un español militar de la colonia, Don Gonzalo Fernández de Heredia, quien como Capitán General, firmó, en el año de 1763, el decreto de erección de Villa Vieja de Heredia, llamada también, Inmaculada Concepción de Cubujuquí.

La vida comunal que se desarrollaba alrededor de las cofradías instaladas en Barva, hizo que los pobladores fueran adquiriendo la práctica del catolicismo y sus vidas giraran en torno a las ermitas, los santos patronos y toda clase de actividades religiosas.

Las actividades religiosas como bautismos, matrimonios, rezos y velas, así como fiestas patronales y turnos, dieron, a inicios del siglo XVIII, origen al surgimiento de una serie de poblados, identificados y representados por un santo tutelar.

Así, surgió, entre otros poblados, Santa Lucía de Barva, con su Santa Patrona: La Virgen de Santa Lucía.

A lo largo del siglo XIX y con la llegada de la caficultura al país, nuevos pobladores se fueron desplazando hacia la ciudad de Heredia. Provenían, en su mayoría de Barva, y se esparcieron en los poblados más cercanos, entre ellos, Santa Lucía de Barva, para cultivar el grano, el cual se convertía aceleradamente, en el factor más importante de la economía costarricense.

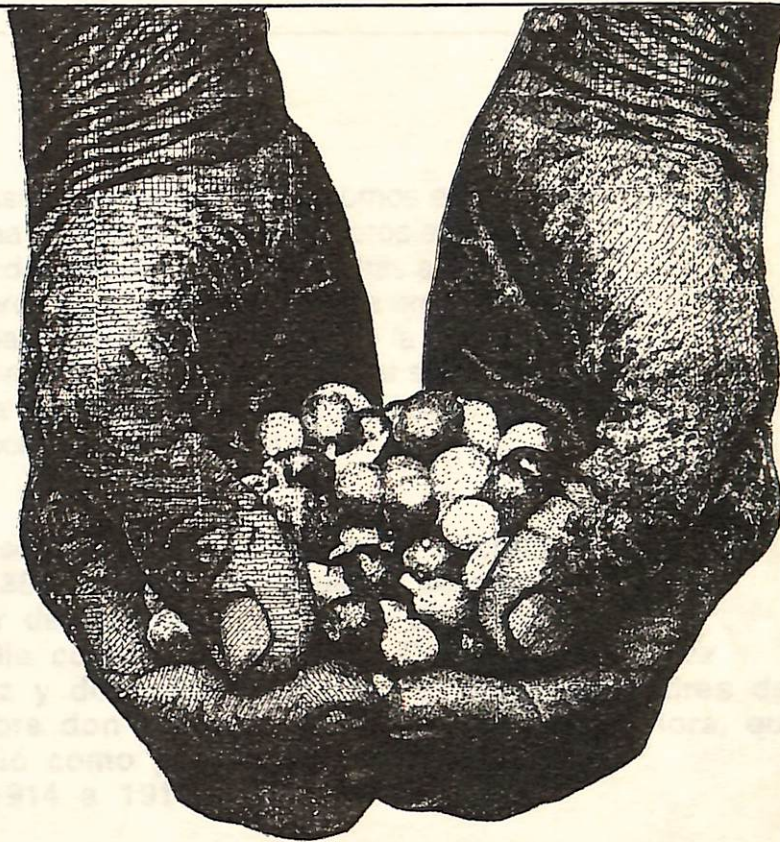
De fuerte arraigo agropecuario, el distrito de Santa Lucía, con una superficie de 3.19 kilómetros cuadrados, se dedicaba - aún hasta bien entrado el siglo XX -, al cultivo de la caña de azúcar para tapa de dulce, la siembra de granos, la cría de cerdos y la ganadería de leche, así como al cultivo de plantas ornamentales y medicinales, árboles frutales, hortalizas y crianza de gallinas.



En la segunda mitad del siglo XIX, el paisaje santaluceño, se vió inundado de cafetos y su suelo invadido por fincas de pequeños y medianos propietarios.

Este fenómeno segregacional de la descomposición de la propiedad comunal, dio origen a sitios como El Pedregal, lugar donde se edificaría la casa que hoy alberga el Museo de Cultura Popular y sus entornos de visible origen rural.

Finalizado el siglo XIX, se construyó la casa que hoy es sede del Museo. Esta es producto de la incesante labor de la producción cafetalera, del café arábigo y su extenuante comercio hacia países europeos.





La casa del Museo y sus entornos es el ideario de una familia de medianos propietarios, de ondas raíces agrarias y altas aspiraciones comerciales. Como toda familia emergente de finales del siglo pasado y de la Costa Rica moderna de principios del actual siglo XX, busca abrirse al mundo por medio del beneficiado y la comercialización del café.

Transcurridos los años de la década de 1880, la casa del Museo, se perfiló como lugar de vivienda y espacio de trabajo, por la familia compuesta por don Domingo González Pérez y doña Elemberta Flores Zamora, padres del célebre don Alfredo González Flores Zamora, quien fungió como presidente de la República, de 1914 a 1917.

Los negocios, los estudios y la vida pública de esta familia compuesta por más de una docena de hijos, hicieron que finalizado el siglo XIX, se trasladaran a residir al centro de Heredia, en la hoy Casa de la Cultura de Heredia. La antigua residencia pasó a ser casa de "monte" o casa de "veraneo".

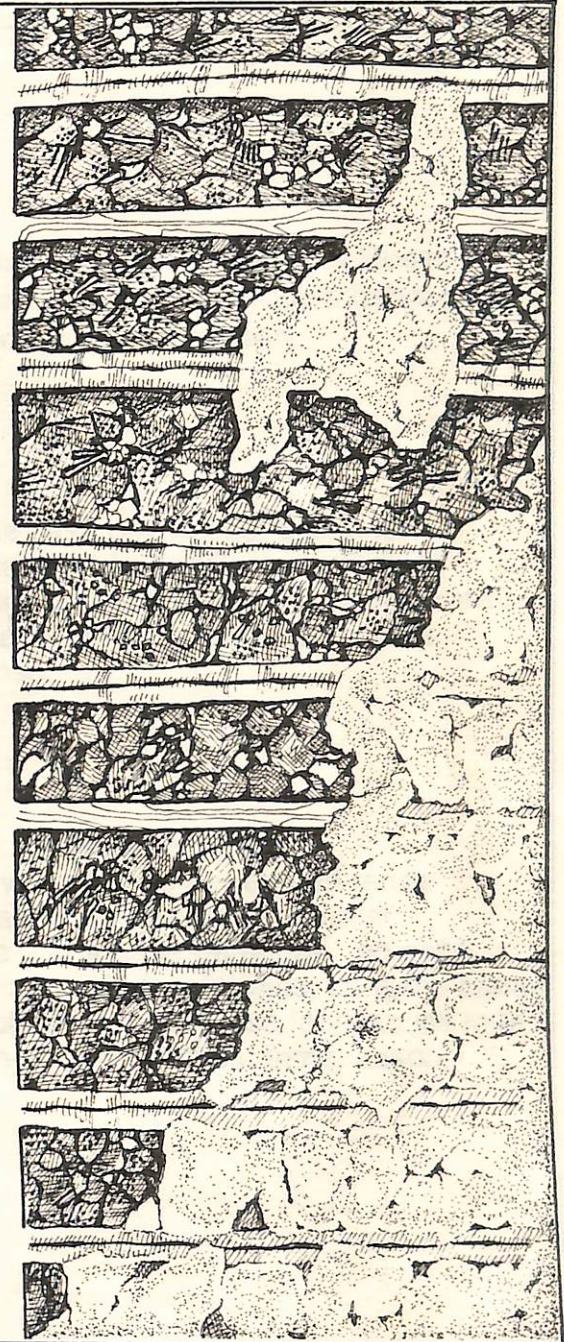
La tipología de vivienda doméstica que nos presenta la casa del Museo, deviene de una estructura que se repliega por toda el área mesoamericana, como arquetipos de viviendas tanto rurales como urbanas. Estructuras habitacionales que conforman un mundo de trabajo y representan la voluntad férrea de sus moradores por el apego a la tierra, la macana, el arado, así como al machete, la carreta, la milpa y los frijolares.

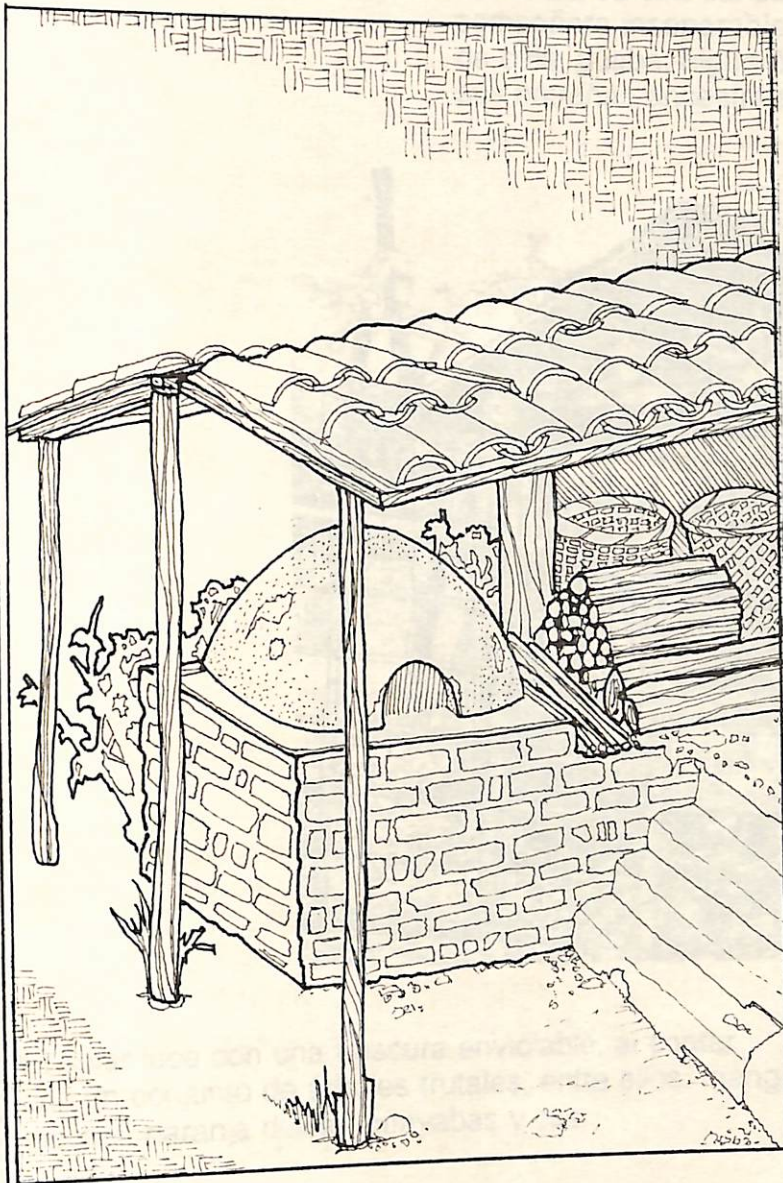
El estilo arquitectónico de la casa del Museo, es de origen colonial y su estructura sólida, se debe a la técnica de construcción llamada bahareque, ya conocida en la América precolombina. Así lo demuestran los hallazgos arqueológicos realizados en algunos asentamientos indígenas del occidente del Valle Central costarricense.

En el siglo XVIII, el bahareque fue utilizado en el norte del país para la construcción de haciendas de ganado.

En la Mesetá Central, el bahareque sustituyó progresivamente a la técnica de construcción de adobe. Su uso se generalizó después de la segunda mitad del siglo XIX, por su racionalidad y resistencia a los temblores.

Estas estructuras de madera y cañas espaciadas, las rellenaban con barro, zacate y pedazos de tejas, lo que permitía disminuir el espesor de las paredes y aumentar su altura. Así nacieron nuevos tipos de vivienda.





*
Sumergida en más de un siglo de vida, la casa del Museo de Cultura Popular, nos permite palpar la armonía habitacional y el conjunto de construcciones que la rodean.

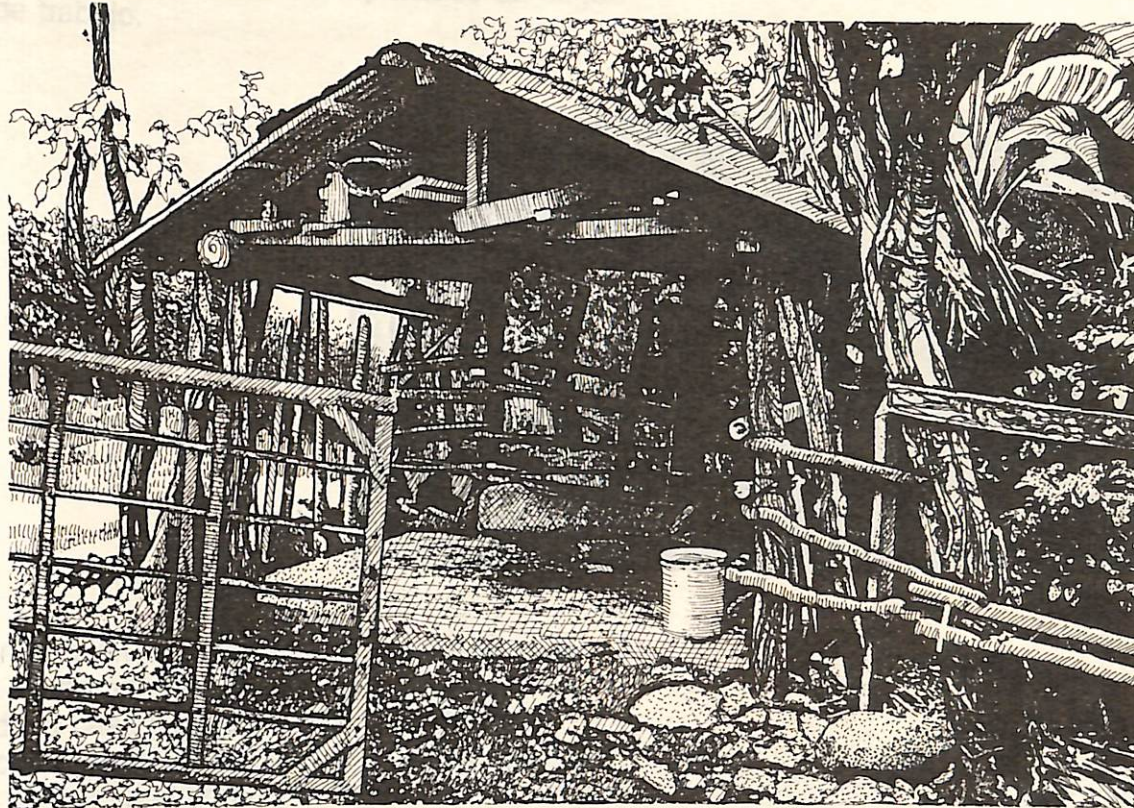
Los años que ven nacer la casa del Museo, proponen nuevas corrientes en el plano de la arquitectura. Debido a la presencia del modernismo, conocido como Art Nouveau, una nueva fachada urbana arremete constantemente la mentalidad del costarricense.

El horno está hecho de la materia más preciada del ser humano: la tierra, y en un acto de remembranza se levanta con su frescura maquillada de barro, miel de purga, piedra canteada y una base de adobe con caña brava. Posee además, incrustaciones de tejas, conjunto capaz de asegurar un fuego prolífero, en donde se fabrican los más exquisitos bocadillos como: los bizcochos, tamal asado, rosquillas y totoposte.

mel de
caña
brava

caña raleada
piedra de
redonda

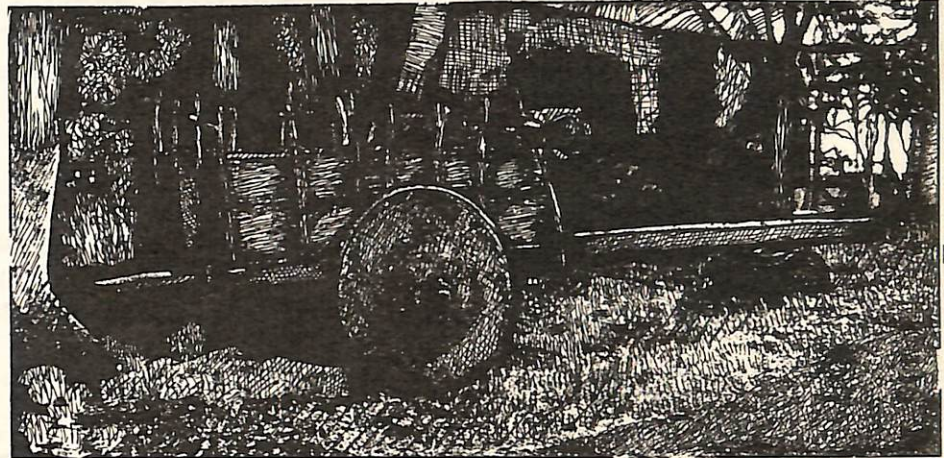
La leñera es una construcción adyacente al horno, compañera inseparable que alimenta con maderas de café, guaba, higuierón, níspero, poró, aguacate y cas, sus entrañas ancestrales.



El solar luce con una frescura envidiable, al contar con un conjunto de árboles frutales, entre ellos: mangos, jocotes, naranja dulce, guayabas y cas.

Como hésped del solar está la troja, pieza adicional exclusiva para almacenar los granos, guardar los aperos y los instrumentos de trabajo agrícola, así como la carreta, el medio de transporte más popular de aquella época.

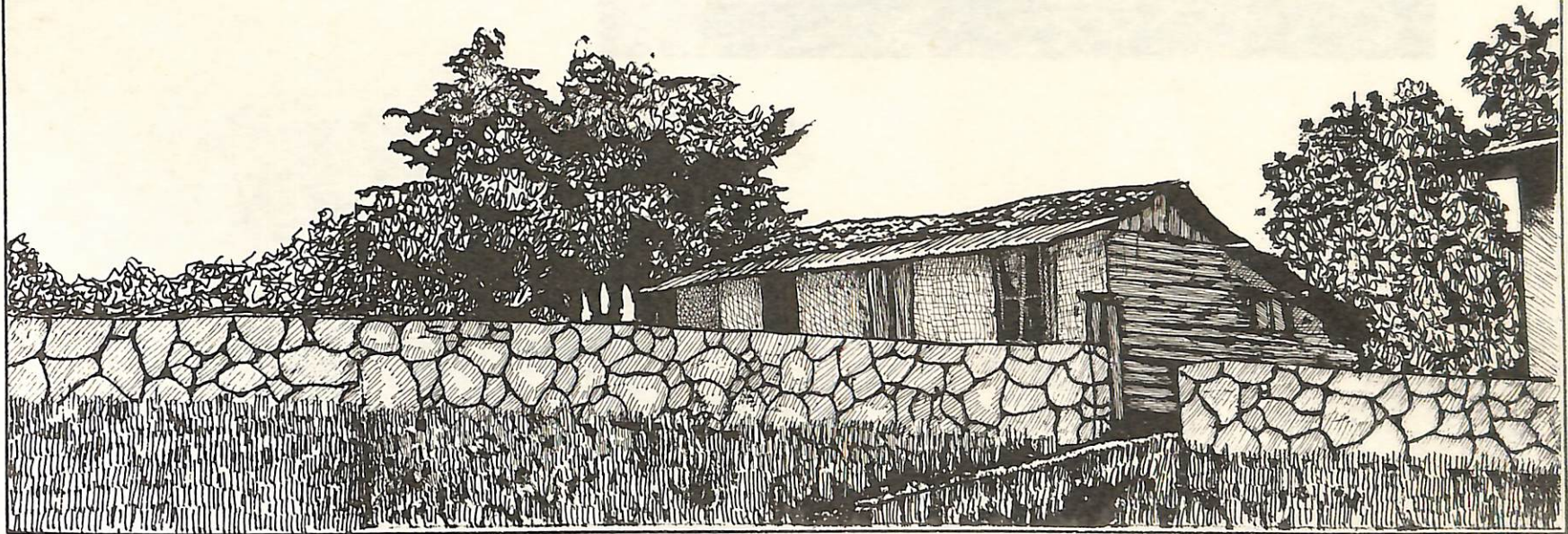
Tirada por bueyes, uno joven y otro adulto, la carreta era guiada por un hombre, el cual jalaba los animales con una vara llamada chuzo, la cual ejercía autoridad sobre los yugos, obligándolos a desplazarse en largas jornadas de trabajo.



En el solar también se alojaba la letrina o excusado de hueco. Generalmente se situaba a una prudente distancia de la casa para mantener la salubridad. En el hueco se vertía diariamente las cenizas del fuego que consumía el horno y el fogón. Así se libraban de mosquitos, moscas, zancudos y del mal olor. Sobre el hueco se levantaba una estructura de madera acajonada con uno, dos o tres círculos que servían como sentaderas. Este excusado se cubría con madera, techo de teja o zinc. Para guardar aún más la privacidad, se rodeaba de plantas.

Como resguardo del solar y la casa, un muro de piedra desempeñaba el papel de centinela. Los muros sirvieron como mojones. En ese entonces evidenciaban la propiedad ante el vecino. Asimismo evitaba el cruce de animales de crianza y simbolizaba respeto por la propiedad ajena. Estos guardianes de la vida privada, establecidos a un metro de altura, son el antecedente -conjuntamente con la piñuela- del cerco de alambre, y conllevan la técnica del escultor y el labrador artesano del viejo cincel y mazo. Se da verdaderamente un despliegue de armonía y acomodamiento de la piedra.

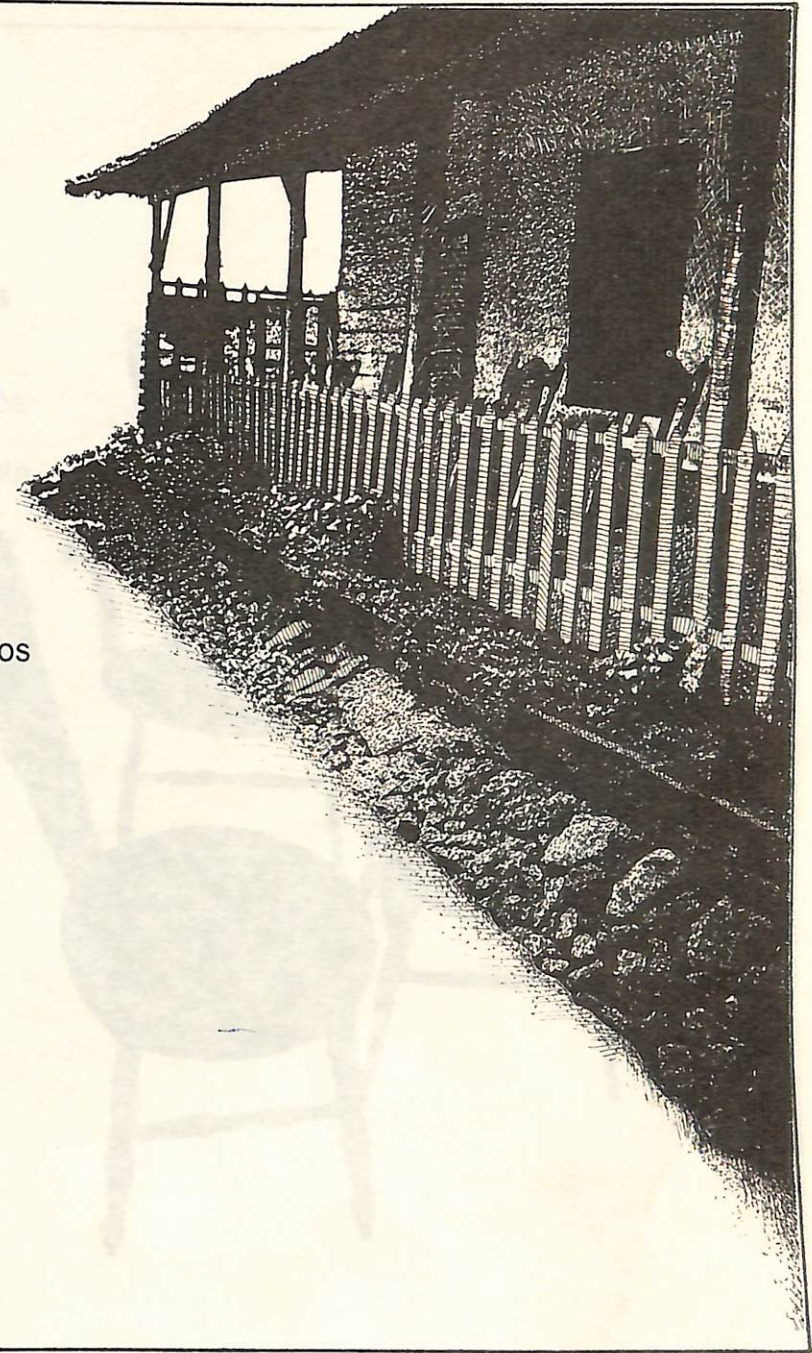
Girando hacia el oeste, la casa del Museo, posee al frente el resplandor del Océano Pacífico y una vista panorámica, que en aquel entonces, dejaba ver los cafetales sobre la altura de las barandas de la casa.



Las barandas, las cuales yacen como fronteras del tiempo, se sitúan sobre el borde de los corredores, los cuales surten el efecto de receptáculos generosos para descansar de una larga jornada de trabajo, o el simple recojimiento del ocio y los pensamientos.

Los helechos bordean la casa acompañados de viejas poltronas, que se mecen al compás del recatamiento. Regalan a los corredores el aspecto helénico de los pasadizos clásicos del Mediterráneo.

En los mismos corredores, los escaños y las mecedoras, son los fieles anfitriones de una sala improvisada para el visitante y las más animadas charlas cotidianas, así como para alguna que otra conmemoración ocasional.



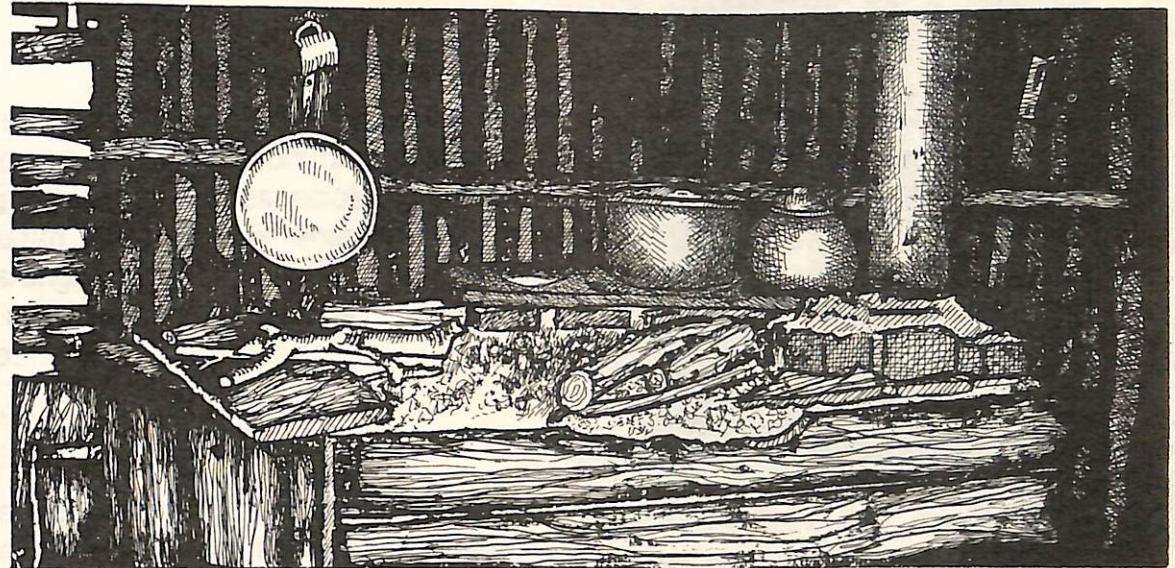
En los interiores de la casa, se resguardan los muebles como constancia de un testimonio imperecedero de la talla artesana de carpinteros y ebanistas. Ellos lograron moldear la madera para convertirla en una sublime composición de estilos y modos de vida, como reflejos mentales de una sociedad austera y transparente, en su cultura material.

La sala familiar luce un sofá largo con respaldo y brazos, cuatro sillas le hacen juego y dos poltronas de mimbre, dos cuadros de paisajes y dos retratos familiares, acompañados de lámparas y esquineros para acomodar adornos.

El comedor ocupa una parte esencial en el espacio de la casa. Ello nos recuerda que aún al finalizar el siglo XX, las familias frecuentemente eran numerosas. Una práctica de ondas raíces coloniales.



Dos trasteras lucen rígidas, y conservan en su interior piezas de porcelana y cristal. Más allá una mesa y diez sillas nos alertan sobre la presencia ocasional de familiares y amigos que frecuentaban la casa. Los candelabros, los manteles, los esquineros y las pinturas demuestran el gusto y el semblante transitorio hacia las costumbres urbanas.



Acurrucada y cálida luce la cocina , en donde se destaca la presencia de un fogón de tres hornillas, un molendero de cedro, ollas, cazuelas y comales de hierro, así como un mueble tipo armario-trastero, un moledero para café y vasijas de barro para almacenar agua.

La presencia de la cocina, es fiel documento del empleo material y espiritual de los ritos gastronómicos que practicaron nuestros abuelos.

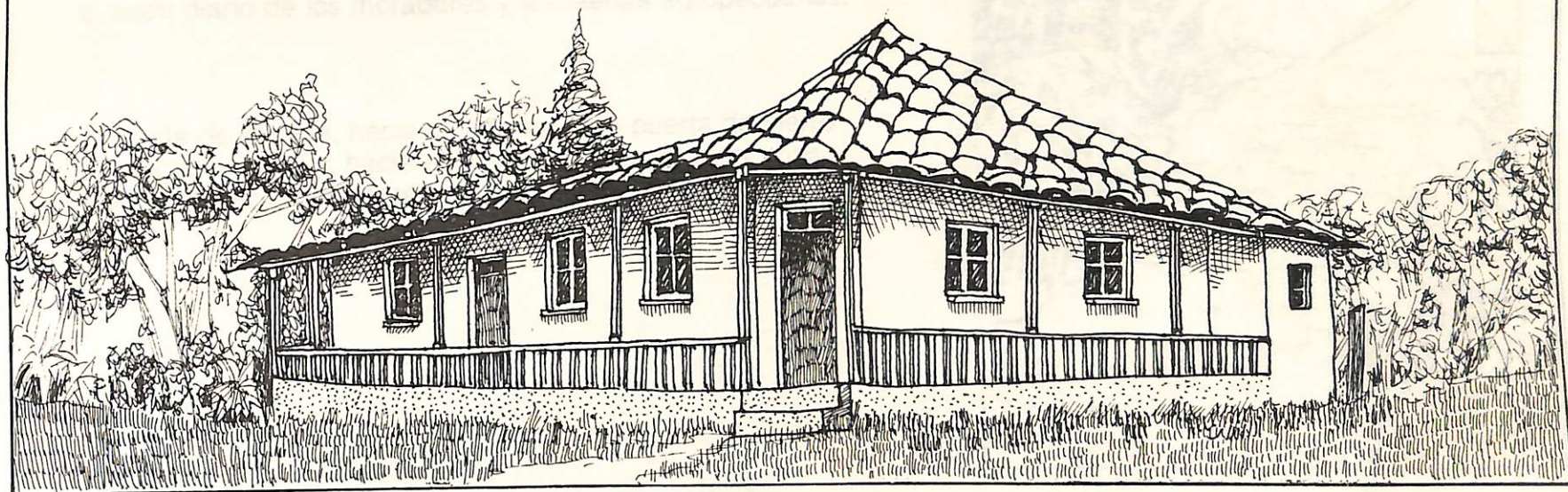
La cocina tradicional, de una arquitectura cálida en su composición, se convierte en una escuela de cultura culinaria de carácter mestizo, por la gran variedad de especias y comidas que se entremezclan y conjugan, unas han alimentado por milenios a los habitantes originarios del continente americano, y otras venidas por barcos que atravesaron el Atlántico.

Los dormitorios descansan acogedoramente con muebles sencillos y prácticos. La madera comparece ante el bahareque, igualmente sobrio y sencillo. Los cuadros de santos vigilan los largos años terrenales de su fieles servidores.



Los cuartos curiosamente retratan el destino de la familia que habitó la casa del Museo, ya que marcan el horizonte de una familia que se amplía numéricamente y que necesita, por lo tanto, de nuevos espacios habitacionales. El traslado de sus moradores a la ciudad de Heredia, permite que la vieja residencia se convierta en una casa de temporada.

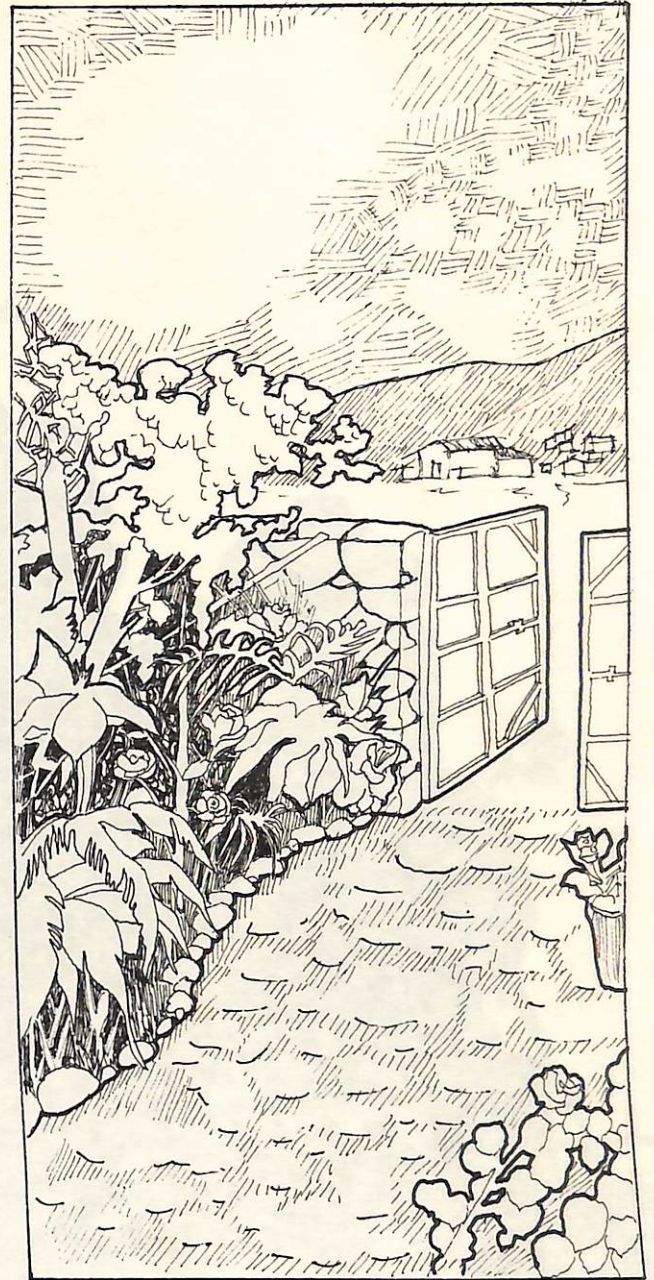
De esta manera, el cuarto que ocupaba el cargo de oficina de pago para los peones de la finca, pasa a ocupar la función de sala de estudio, dado el ímpetu de sus moradores, por el cultivo de las letras.



El entorno es la elocuencia más seductora de los paisajes rurales de la época. Dominados por la naturaleza humana y la mano de jardineros populares, hombres y mujeres arreglaban los patios adyacentes a las casas. Los entornos eran cultivados con ternura de artesanos a la luz de los colores de los jazmines, las rosas, los helechos, begonias, geranios, margaritas y orquídeas, entre otra gran variedad de plantas.

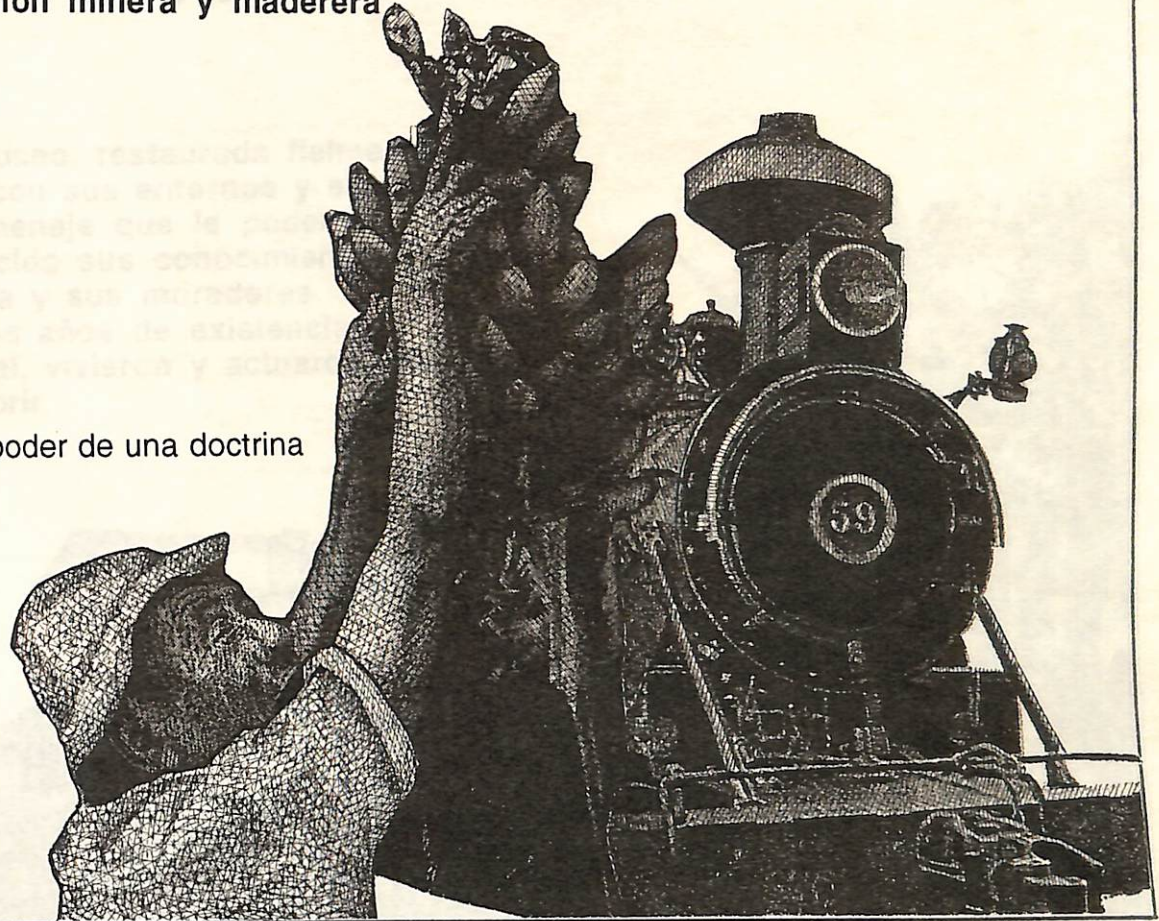
El paisaje fue alimentado por acequias, las cuales administraban el agua desviada de los ríos. A su paso por las propiedades ofrecían el refrescante líquido, también para el uso de la cocina, el aseo diario de los moradores y las faenas agropecuarias.

Al frente de la casa, hacia el lado sur, una puerta de hierro pega con el pretil y, hacia el este, un portón de hierro nos invita a pasar directamente al solar y a los cafetales.



Los antiguos habitantes de la hoy, casa del Museo de Cultura Popular, representan a grupos humanos que van emergiendo hacia nuevas posiciones sociales, en el concierto económico y cultural de la Costa Rica de finales y principios del actual siglo XX. Ante sí, aparecen los retos que la modernidad trae consigo: la ampliación poblacional, los ensanchamientos urbanos y los negocios que se incrementan por medio de una galopante capitalización del agro. Todo ello producto de la llegada del ferrocarril, el cultivo del banano, la explotación minera y maderera y el comercio cafetalero.

Una nueva Costa Rica aflora hacia el consumo de nuevos hábitos, en el pensar y en el actuar, y una nueva configuración política e ideológica se denota, en el poder de una doctrina liberal.



Las viejas casas de adobes y bahareque, aparecen, entonces como murallas destinadas a resistir, en la historia del siglo XX, la mirada labiosa de nuevas construcciones. Así palpamos el envejecimiento paulatino del paisaje rural y con ello, una cultura tardía derivada de la época colonial.

La estructura de la casa del Museo, restaurada fielmente y reconstruida en su conjunto, con sus entornos y sus espacios habitacionales, es el mejor homenaje que le podemos brindar a quienes nos han ofrecido sus conocimientos e informaciones sobre la casona y sus moradores. Son personas que en sus largos años de existencia, y que en su trayecto existencial, vivieron y actuaron una cultura que aún se resiste a morir.



El proyecto Museo de Cultura Popular, busca como objetivo principal, recrear una historia, esparcida a lo largo y ancho del Valle Central costarricense, a finales del siglo XIX, y las primeras dos décadas del siglo XX.

Tomamos los años veintes como meta temporal de nuestro estudio, ya que son años decisivos para la historia del país, en el proceso de consolidación de una estructura modernizante, la cual dará a Costa Rica, una nueva imagen ante ella misma y un nuevo paisaje urbano y rural. Es la ruta hacia nuevas formas de vida y conceptos culturales destinados al cambio de mentalidades, en un proceso largo y continuo de variaciones económicas, políticas y sociales.

El equipo humano que trabaja en el Museo de Cultura promueve el trabajo de investigación como parte fundamental en la recopilación de viejas costumbres, tradiciones, mitos y leyendas, los cuales están textualizados en documentos de archivo y periódicos, y recreados en voces humanas, canciones, cuentos, bailes, fiestas, celebraciones, así como en muebles, herramientas de trabajo, utensilios de cocina, construcciones tradicionales y otras formas de comunicación.

Es de interés del Museo de Cultura Popular, promover un encuentro con el público nacional e internacional, con nuestro patrimonio cultural, por medio de la revitalización y proyección de las producciones tradicionales.

Generamos así, un aumento en el consumo de los productos y servicios de nuestra cultura.

**Textos: Museo de Cultura Popular
Ilustración, montaje y diagramación: René Barrera
Heredia, 1994**